

A U R O R A

PATRIÓTICA MALLORQUINA.

JUEVES 10 DE DICIEMBRE DE 1812.

ENPLEADOS.

La clase de enpleados es sin duda en España la mas infeliz; y ojalá que la gran leccion que estamos recibiendo los españoles, haga á los padres de familia algo mas previsivos y juiciosos para proporcionar á sus hijos una educacion que los haga depender de sus talentos científicos, ó de su industria, ó de un trabajo necesario á la sociedad, y por consiguiente no espuesto á las vicisitudes de un triste enpleo.

Es cierto que no serian tan desgraciados los enpleados, si nuestros gobiernos hubieran economizado mas los destinos, y conferídoslos á hombres de instruccion y conocimientos, dotándolos bien, y pagándolos con puntualidad. Pero los enpleos en España han sido por lo ordinario el arbitrio de los sugetos sin carrera y sin luces; aunque por otra parte favorecidos por ministros tontos, y estimulados por padres indiscretos.

Un hombre de juicio en España, si no quiere ver á sus inocentes hijos en el apurado lance en que se ven hoy tantos y tantos desgraciados, debe inclinarlos á una carrera científica, si tiene medios, procurando que aprovechen en ella, para que llegue un dia en que vivan con ho-

nor y con independencia. Si carece de recursos, debe dedicarlos á que aprendan con perfeccion un arte ú oficio útil y decoroso, que les dé que comer, y los constituya ciudadanos necesarios al estado.

Para esto último es menester desprenderse de ciertas perjudiciales preocupaciones, que han dominado demasiado entre nosotros. Recuerden los padres de familia lo que están viendo todos los días, y así se penetrarán de que el brillo exterior de los empleos es ménos que nada, quando no está afianzado sobre la base del verdadero mérito, y que únicamente este permanece contra el torbellino de las pasiones y de los sucesos; y así no titubearán en dar á sus hijos aquella prudente educacion, que con arreglo á sus facultades pueda proporcionarles en el curso de su vida una decente subsistencia, á la que no pueda atacar ni la sórdida indolencia de un pagador inepto y poco considerado, ni el desden de un jefe violento, ignorante ó caprichoso, ni la varia suerte del erario público.

El hombre útil en todas partes vive, en todas se le aprecia, en todas se le busca: ¿y se buscará en todas partes al que principió su carrera haciendo palotes, y encaneció copiando órdenes ó mamotretos en las oficinas? ¿Y se tendrá por hombre útil al contador, al director, al administrador ó al intendente, que llegó á serlo sin mas ideas, estudios ni talentos que los *adquiridos* en la escuela de primeras letras? ¿Quanto mejor sería para estos hombres y para el estado, que dedicados desde su niñez á un arte ú oficio decente y provechoso, no estuviesen pendientes con sus familias del sueldo que apenas puede pagarles el tesoro público? ¿no serían ellos mas felices? ¿no tendrían que llorar ménos los hombres sensibles al ver pendiente la suerte de tantas familias de los empleos de unos hombres sin recursos en sí para ganar su vida en el momento que aquellos les faltan? ¿no es esto una verdad, aunque amarga y desconsoladora?

¡Pluguiese á Dios, que la afligida situacion de una multitud de individuos que están entre nosotros, no confirma-

se las anteriores reflexiones! : Quantos de estos desventurados estarán sintiendo en el fondo de sus almas haber malgastado su juventud en las oficinas, para hallarse al cabo de su carrera á punto de perecer sin tener medios, por su nulidad, para grangearse su sustento?

El estado de las cosas públicas debe hacernos muy reflexivos y circunspectos; pues aunque ciertamente los nuevos vándalos no dominarán á los pundonorosos españoles, tambien es cierto que las privaciones y los sacrificios han de ser grandes, y que la nacion saqueada, y reducida á la pobreza por la rapacidad de aquellos, no ha de estar en mucho tiempo para aguantar cargas inútiles ó poco necesarias.

Los españoles deben hacerse á ménospreciar esos *uniformotes* cuajados de plata y oro, que tanto han engreido y engrien todavía á mas de quatro necios: deben aplicarse á carreras que les hagan independientes de los caprichos de la fortuna; es decir, que se persuadan que los verdaderos empleos son las ocupaciones honestas, que dependiendo del trabajo, de la industria y de los talentos de los que las profesan, son constantemente productivas, en quanto estos son activos, industriosos é instruidos.

Quédese para los fátuos ambiciosos esa sed devoradora que de tantos empleados infelices ha llenado á España: un hombre que profesa una ciencia útil ó un arte necesario, es mas feliz á los ojos de la razon que un primer ministro: basta para frustrar la fortuna de este un incidente el mas pequeño: la fortuna del otro se apoya sobre talentos útiles; que son buscados y apreciados en todos tiempos y circunstancias.

¡El cielo quiera que llegue un dia, en que la ilustracion y el convencimiento llene los talleres de manos productivas, los liceos de hombres que sean la honra suya y la de su patria, y el campo de brazos activos que obliguen á la tierra á brindarles con sus preciosos frutos! Entonces no se verán como ahora esas secretarías tan atestadas de miserables buscadores de empleos, ni se acudirán

á la adulacion, al influjo y á otras bajezas para obtenerlos; entónces seremos seguramente mas felices, y no se dirá por los estrangeros con mengua nuestra, pero con alguna razon: *que la nacion española se compone de frayles, de pretendientes y de enpleados.*

ALBARDAS DEL PUEBLO.

¡*Jesus, que gentío!* (llegó uno diciendo) ¿no ven vds. que bullicio y que confusion? ¿y que me dicen vds. de aquel tablado? ¡vaya, no parece sino que lo han puesto para tentar á uno! estaba por tomar carrera desde aquí, encaramarme sobre él, y decir quatro verdades al pueblo: no hay remedio, allá voy.—*Téngase vd.*, le dijeron agarrándole por el brazo.—¿Como que tenerme? no hay remedio: y en esto escúrrese de entre las manos de todos, corre, y de un salto medio se encarama, y por fin pónese de pie sobre el tablado. ¡Dios ponga tiento en tus manos! le dijimos; pero él desentendiéndose de todo, y levantando la voz, enpezó: “Con vd. quiero habérmelas señor *pueblo*, con vd., sin quien no puede haber nacion ninguna, porque á lo ménos es vd. las tres quartas partes de cada una: así es que la fuerza reside en vd., y por lo tanto es quien lleva y debe llevar las cargas.

Ahora bien, yo quiero hacer á vd. la inportante observacion de que toda carga supone una *albarda*, pues jamas habrá vd. visto echar cargas en pelo, sino que siempre hay por precision entre el cargado y la carga una *albarda*: así resulta por forzosa consecuencia, que todos los pueblos del mundo han tenido, tienen y tendrán su correspondiente *albarda*.—Quando oiga vd. hablar de monarquía, aristocracia, democracia, no haga vd. caso; porque esas son unas palabras griegas que en substancia significan lo mismo que si en castellano se dijera, *albardon*, *albarda maragata*, *aparejo redondo*; y no crea vd. que esto solo sucede acá en España, sino en todas las naciones del mundo que existen y han existido,

sin mas diferencia que lo que acá llamamos *albarda*, en cada nacion tiene despues su nonbre diferente. — Si alguno llegase á proponer á vd. que sacuda la *albarda*, no haga tal; porque todo lo que lograría, seria dar quatro carreras en pelo por esas calles, y pegar media docena de respingos; el mismo que ayudase á vd. á quitarse la *albarda*, ú otro mas atrevido, le echaria otra mas pesada. Vuelva vd. la cabeza hácia su vecino el frances, y verá en conprobacion, que de resultas de las carreras y respingos que dió el año de 1793, un honbrezillo, que no llega á los siete palmos, le tiene echada una que le coge hasta el pescuezo, y encaballado en él, lo tiene con la cara contra el suelo, hasta sabe Dios quando.

Vd., señor pueblo, me ha de ser juicioso y moderado, pero nada de ignorante: así, debe vd. ponerse en el pie de llevar su *albarda* con serenidad; pero en lo que debe haber su mas y su ménos, ha de ser en que nadie se monte en ella sin cuenta y razon; sobre lo qual voy á dar vd. unos quantos consejillos.

En ancas no me permita vd. á nadie. Ya se acordará vd. de aquel á quien silvó, segun dicen, en la plazuela de Anton Martin, porque se presentó con hábito negro y blanco, y con una cruz encarnada: con los de esta clase, sean del color que fueren, descalzos y calzados, con capucha ó con cogulla, gente toda que ha llevado vd. en ancas, nada de eso; brinco y salto, respingo y á ello, y vayan todos al suelo; y al caer, un par de coces, por si acaso les queda aun gana de volver é las andadas.

Hay otros señores respetables, vestidos todos de negro y aun algunos de *morado*, á los quales debe vd. dar un lugar escogido en su *albarda*; pero cuidado! Ha de examinar vd. con atencion si llevan escondidos bajo sus ropages, no digo espuelas, sino unos agudísimos acicates de plata y aun de acero, con que le abriéran á vd. los hijares; pero si tal hubiese, brinco y salto, respingo y á ello, hasta ponerlos en el suelo; y dígaes vd. luego que quando se presenten como Jesucristo andaba entre

sus discípulos , entónces los llevará vd. con las orejas gachas.

Quando se le presenten á vd. unos señores *gordos, gordos* , puede decirles que anden á pie á su lado , para que así desgasten sus humores , y que de quando en quando echen una mano á la albarda , para ayudar á llevar la carga. Si acaso se presentasen unos señores pequeñitos , que con el título de *nobles* , hidalgos ú otro equivalente , tengan pretensiones á encaramarse , méталos vd. á todos al instante debajo de la *albarda* , para que ayuden , como cada hijo de vecino , á llevarla.

Pero en lo que no hay remedio , aunque es una pesada carga , es en llevar en la parte delantera de la *albarda* una porcion de personas de varias clases y vestimentas , unos con reverendos pelucones , otros atusados , y otros con espadas ; porque al fin estos , bien ó mal , son los que han de dirigir á vd. hácia qualquiera parte que vaya. Sin embargo vd. no se me descuide nunca , fijando constantemente su atencion en que todos estos de que estamos hablando , no se reunan con los negros , los morados y los gordos de que hablamos ántes : luego que vd. advierta algo , brinco y salto , respingo y á ello. Si á pesar de esto se reunen y se ligan fuertemente , y ve vd. que enpiezan á salir las espuelas , los acicates , los látigos , las manoplas , entónces todo está perdido ; pero queda un excelente remedio : échese vd. con la carga , y volviéndose luego panza arriba , aplastarlos.

Finalmente la comitiva viene , y yo debo desocupar inmediatamente este tablado : tenia mis ciertos reparillos , por respeto á vd. , en contar un cuento ; pero acordándome que en aquella esquina le contaron á vd. muchos en tono apostólico , allá en tiempo de los PP. Carmelitas , voy á contar el mio , encage ó no encage.

Erase que se era un tonto en cierto pueblo , á quien todo el mundo hacia muchas fiestas , porque era muy servicial. No habia vecino que todos los años no sembrase quatro ó seis puñados de habas , por lo ménos , para el gasto de su casa ; porque luego que estaban en sazon , el

tonto las cogia por un zoquetillo de pan que le daban. Hízose costumbre de tal modo, que ya todos mandaban con imperio coger habas al tonto; pero tanto llegaron á enfadarle, que un dia se fué á la iglesia, tocó las campanas á concejo, y luego que vió juntos á todos los vecinos, les dijo: señores, el que sienbre habas de aquí adelante, que cuente con cogerlas; porque el tonto no las coge ya á nadie. — Aplique vd. el cuento, señor pueblo, y diga vd. á todos por su parte: el que quiera honras, que las gane: el que quiera pan, que lo su-
de. (*El amigo de las leyes.*)

Artículo que no es comunicado.

La carta publicada en el diario de Mallorca de 5 del corriente es en efecto *de un niño de la escuela*, y de niño que se conoce ha visto muy pocos libros; pero que ufano con la ortografía de la academia, que le habrán puesto en las manos, ha creído poder ya bachillerear y decir, aquí hay un hombre. Si conociese á su maestro, le encargaria que le diese una reprimenda para que no fuera otra vez tan atrevillido, y que le esplicase que los errores de ortografía no lo son de la lengua castellana, como los de la pastoral de los ocho señores *refugiados*; y que no se puede llamar error de ortografía lo que es un sistema de nueva ortografía. Quando leí en el principio de la carta del *niño*, que *no sabíamos hablar el castellano*; desde luego me figuré que se citarian en prueba de esto algunas frases y voces francesas, cláusulas cortadas y sentenciosas &c. &c. cosas que yo encontraria en la *Aurora*, porque algunos artículos reinpresos y comunicados no van en esta parte enteramente á gusto de sus redactores, quiénes no se atreven en ciertas producciones á corregir otros defectos de estilo, que los que de ningun modo pueden tolerarse. ¿ Quien presumiria pues que todas las faltas de lenguaje que se nos imputan, están reducidas á las reglas peculiares de la ortografía que guardamos en nuestro periódico, y al descuido en notar algunos acen-

tos? Y no como se quiera, sino que el pobre *muchacho* no ha sabido conocer, que escribiendo sienpre *n* ántes de la *b* y la *p*, y *s* en todas las voces en que la academia usa de la *x* despues de vocal y ántes de una consonante, debia de ser esta una opinion particular, fundada ó infundada. No señor: él no se mete en dibujos; echa por el atajo y dice: vms. no usan de la ortografía de la academia, luego hablan disparates: vms. no escriben como la academia en su diccionario, luego no tienen ortografía, porque yo no conozco otra, sino la que va impresa en un tomito en octavo con unas laminitas al fin, que son las que mas me entretienen.

Ven acá ignorantuelo, y oye un poco, para que aprendas. La ortografía nunca ha sido constantemente la misma en ninguna lengua ni en ninguna época. Cada una de las tres fuentes de que se deriva, que son el origen, la pronunciacion y el uso, ha tenido sus partidarios, sin que á ninguno de ellos se le haya podido tachar nunca de defectuoso en el lenguaje ni de ignorante de la ortografía, por sola esta razon. Mayans y otros muchos que escribian la *i latina* en la conjunción *y* y en varios casos en que se enplea ahora regularmente la *y griega*; los que se han ajustado á las reglas de la academia española; los muchísimos que como nosotros usan de la *s* en lugar de la *x*; y D. Manuel de Valbuena, cuya ortografía sigue fielmente la *Aurora*; todos, todos han podido escribir y hablar muy bien el castellano, pues que ninguna influencia puede tener en el buen uso y eleccion de las palabras su escritura; y nadie los ha llamado malos ortógrafos ni mucho ménos ignorantes en la ortografía, porque el seguir una particular supone sienpre el conocimiento de la mas comun y corriente.

El buen *muchachito de la escuela* ha tocado precisamente un punto, de que sin abrir un libro se pudiera escribir muchos pliegos, haciendole ver los varios sistemas que ha habido en nuestra lengua respeto de la ortografía; los inconvenientes y contradicciones que se observan en las reglas de la academia, especialmente por lo que

mira á la acentuacion; los reparos que pueden hacerse sobre la de la *Aurora*; y finalmente se hablaria acerca de un novísimo método que pudiera adoptarse para ajustarnos exactamente á la pronunciacion. Pero era necesaria para esto la introduccion de algunas letras en nuestro abecedario, la supresion de otras, y varias mudanzas muy difíciles de egecutarse en una lengua viva en que hay tantos libros impresos. Los franceses que en el siglo pasado se enpeñaron en hacer lo mismo con la suya, tocaron estos inconvenientes, y se contentaron por fin con introducir algunas inovaciones, que siendo las ménos chocantes, facilitasen un tanto la escritura, disminuyendo el número de sus reglas. Lo mismo se propondria probablemente Valbuena, adoptando esas variaciones, de que no tenia noticia el citado *niño*, quando escudado con su librito, cree arguirnos con él, como si fuera con un testo de la Biblia del que nadie puede separarse.

En los acentos procuramos conformarnos con la academia de la lengua, y si hay uno ú otro olvido en esta parte, nadie lo reparará en un periódico, que es sin embargo de los que ménos se descuidan de la correccion tipográfica. Las penúltimas de las terceras personas del plural de los pretéritos perfectos en el indicativo, los participios esdrújulos, las voces agudas que acaban en consonante &c. &c. no están sienpre equivocadas, de modo que se vea que no es un descuido del impresor, como lo afirma el *enbustero*. Y en el mismo núm. 18 de la *Aurora* debieran haberle saltado á los ojos *tomándome*, *haciérsenos*, *despídome*, *quédese*, *feligres*, *antes*, *útil*, *móvil*, &c. &c. &c. que están bien acentuadas, y son de la misma especie que las erratas que se nos citan. La acentuacion de *monárca*s, *dictáse*, *mendígar*, *interés*, *además*, son yerros muy conocidamente de imprenta; y si de estos debiera hacerse mérito, otros mas garrafales sacaríamos en el mismo núm. 18, que se han escapado á la agudeza del *chiquillo*.—El acento circunflejo en las voces *exigir*, *existir*, *examinar* &c. nunca debe haberle en nuestra ortografia,

porque segun ella la *x* siempre hiere á la vocal que la sigue como *cs*, y se suple por la *g* y *j* en los demas casos en que es fuerte su pronunciacion.—Letras mayúsculas no las usamos, mas que en principio de cláusula, y para los nonbres propios de personas, ciudades, montes, rios &c., para la palabra *Dios*, y para algunas otras á quienes damos una significacion especial y enfática.

Baste lo dicho para informar á nuestros lectores de los principios de ortografía que seguimos en este periódico, mas bien que para contestar á un escrito tan despreciable, como lo es la carta de aquel diario de Mallorca; á cuyo autor debemos decir, que por mas que fuese verdad todo lo que ensarta contra la ortografía *auroriana*, no por eso sería ménos fundado el voto del *gramático* de Cádiz, que le ha sacado de sus casillas, sin embargo de haber tocado muy por encima las innumerables faltas de lenguaje, que se encuentran en la pastoral. Solo con una rápida lectura he observado yo estas otras.

A nuestros amados y propios diocesanos.

Robar con la fuerza rapaz de sus lisongeros atractivos.

Está llevando la novedad sobre los principios de religion.

Así hablaba por su letra S. Pablo.

Siempre firme sobre la religion de Jesucristo.

Hombres malignos y malignantes.

Para disipar en las academias toda revelacion. (Las nieblas y el humo se *disipan*, porque son de poca consistencia; pero la revelacion que tiene solidez y fundamento, nadie hay que se proponga *disiparla*, sino *minarla*, *destruirla* &c).

Por sus furiosas tradiciones y elementos humanos.

Por justo y condigno castigo de sus abominables prevaricaciones.

Al título de una obra llaman los señores obispos su nombre y apellidos.

Quisiéramos alguna mayor esplicacion acerca de las *religiones auxiliares*, de que es enemigo el autor del *diccionario critico-burlesco*. Tambien deseáramos saber, co-

mo es que se parece á Horacio por sus *sátiras sin honor, vergüenza ni pudor*. — Los amigos de la constitucion echamos ménos un poco de claridad, quando trata la pastoral de la distincion que hay entre las dos potestades; pues juzgamos muy conveniente que todos los escritores usen de un lenguaje conforme á los principios establecidos en nuestro código fundaméntal, y particularmente aquellos que disfrutan de alguna autoridad ó preeminencia entre sus conciudadanos.

Ningun español que profese un poco de amor á su lengua nativa, podrá llevar á mal que se critique un escrito, en el qual se encuentra la siguiente cláusula: *De semejante casta de escritos y de papeles bellamente prensados (un libro en blanco podrá estar prensado y lo estará mucho ó poco, pero nunca bellamente. ¿ Quien creerá que han querido decir los señores obispos hermosamente impresos?) que arroja la libertad fuera de sus ángulos y esfera (¡que estilo!) que fermentan como levadura sin tono de la masa, que circulan y vuelan por los vientos apestados á todas partes, que dan á beber las aguas y los cienos del Garona &c. &c. &c.* Porque seria nunca acabar, si quisiéramos insertar todas las espresiones, que merecen una justa crítica.

Pero de lo que no podemos desentendernos, es de la inexactitud que advertimos en un escrito, que por su naturaleza debiera ser exactísimo en todas sus ideas. Unos prelados que tratan de manifetar qual es el juicio *teológico* que han formado de una obra que les parece perjudicial al pueblo cristiano, deben hablar con *claridad y exactitud*, sin decir mas ni ménos de lo que es. De lo contrario se esponen á que hallando los fieles evidentemente falsas algunas de sus proposiciones, se persuadan ó á lo ménos sospechen que puedan serlo las demas. Los señores obispos dicen, que el autor del tal diccionario *es un redactor de todos los errores y sistemas irreligiosos, y el diccionario un libelo atestado de heregias*. Analizemos únicamente esta última proposicion. Para que fuera verdadera, seria preciso que en el *diccionario* se hallasen las he-

regías unas sobre otras como montones de balas, ó que á lo ménos se advirtiese una en cada página, ya que no en cada línea. ¿Y como puede ser esto creible, quando la junta de censura de Cádiz dice espresamente en su segunda calificación, que el diccionario *no contiene doctrina ya reprobada por la iglesia?* Una, dos y tres heregias pudieran habersele escapado, aunque sería muy difícil; ¡pero en un libelo *atestado* de ellas no haber encontrado ninguna! La junta dice tambien, que algunos respetables prelados y teólogos *no han reputado herética su doctrina.* Por los últimos papeles de Cádiz vemos que se ha hecho una nueva calificación teológica de dicho diccionario por disposición de aquel señor vicario general capitular, y que no le ha sido muy favorable. Ignoramos en que términos se hallará concebida; pero estamos seguros de que no habrá en ella una proposición tan falsa como la que criticamos en la pastoral de los ocho señores obispos reunidos en esta capital. Además, estos mismos señores se contradicen afirmando que el diccionario es *mal sonante, con resabios de formales heregias.* Si ántes han asegurado que es un *libelo atestado de heregias y un tejido de impietades*, ¿á que viene esta *malsonancia* y estos *resabios*?

No tratamos ahora de dar nuestro dictámen sobre la bondad ó malicia de las doctrinas contenidas en el diccionario crítico-burlesco, ni sobre las disputas y censuras, á que ha dado lugar este célebre folleto. Tampoco nos proponemos deprimir en nada el mérito que puedan tener otros escritos publicados por algunos de los ocho señores obispos, que han firmado la pastoral. Nos limitamos tan solo á indicar el mal estilo, en que esta se halla escrita, y particularmente la falta de exactitud que se nota en sus espresiones. Por grande que sea el respeto que se merecen los señores autores de la pastoral, la verdad es para nosotros mucho mas respetable, y por eso la manifestamos sencillamente, segun nos la presenta el entendimiento que Dios nos ha dado.